
*Howard Newby**

*Cambio estructural en
agricultura y futuro de
la sociedad rural.*

INTRODUCCION

Desde la Segunda Guerra Mundial, la sociedad rural de la mayor parte de los países más industrializados se ha transformado a través de un proceso al que con frecuencia se denomina, con una excusable hipérbole, la segunda revolución agrícola. Esencialmente, esto ha supuesto la creciente aplicación de principios científicos y tecnológicos a la búsqueda de beneficios en la producción de alimentos. Debe hacerse hincapié en que la comercialización de la agricultura, en sí, no es nada nuevo. Desde hace un siglo o más, la agricultura de la mayoría de los países se ha organizado sobre el principio del beneficio y, por lo tanto, se viene sometiendo desde hace tiempo a las exigencias del mercado. Todo lo que ha sucedido en las últimas décadas ha sido una transformación de la tecnología en la mayor parte de los sectores de la producción alimenticia, junto con la intervención estatal en la agricultura, lo que ha otorgado a los agricultores las condiciones de producción bajo las cuales pudieran embarcarse en un programa de creciente productividad y eficacia de costes. Las consecuencias más patentes de dichos cambios han supuesto la mecanización de la agricultura y el «éxodo rural» de una gran

(*) Departamento de Sociología. Universidad de Essex.
— Agricultura y Sociedad nn. 38-39 (Enero-Junio 1986).

parte de su antigua mano de obra. Los adelantos logrados en genética han significado un incremento sin precedentes en los resultados de la reproducción animal y vegetal, mientras que la aplicación de la ciencia de la nutrición también se ha traducido en inmensos beneficios derivados de la aplicación de la ciencia a la alimentación animal y a los fertilizantes. Asimismo, se ha perfeccionado la gestión de la cría de animales y la de los cultivos por medio de la introducción de complejas formas de vacunación y de fertilizantes. En estos aspectos, la producción agraria se ha visto revolucionada hasta tal punto que todo sentido de continuidad tecnológica en la vida de la mayor parte de los actuales agricultores ha quedado destruido. Como resultado, la actividad agrícola ha seguido los preceptos de racionalización evidentes en otras industrias, y las explotaciones han aumentado de tamaño, se han hecho más intensivas en capital y de producción más especializada. Los agricultores, a su vez, han participado en el «desencanto» gradual de la agricultura —la sustitución de la intuición por el cálculo, y la progresiva eliminación de los misterios de la cría de animales y del cultivo de plantas, exponiéndolos a una valoración científica—. Dichos cambios han significado, utilizando un tópico a menudo empleado para resumirlos, la transformación de «la agricultura en empresa agroindustrial».

Sin la intención de apoyar ninguna forma ingenua de determinismo tecnológico, es posible, no obstante, seguir una cadena de causalidad a partir desde estas transformaciones en tecnología y gestión agrícolas hasta los significativos cambios sociales que han tenido lugar en la sociedad rural desde la Segunda Guerra Mundial. Merece la pena observar, sin embargo, que las exigencias económicas de la agricultura contemporánea poco deben a las operaciones del mercado libre con respecto a productos agrícolas. Los agricultores individuales, por supuesto, pueden actuar *como si* estuvieran dirigidos por la racionalidad del mercado, pero en el transcurso de las tres últimas décadas, el estado ha intervenido, de forma continua y decisiva, como promotor del cambio tecnológico y garante de la rentabilidad (Newby, 1979). La transformación tecnológica de la agricultura no es pues un producto de «la mano ocul-

ta» del mercado, sino de unas decisiones políticas deliberadas, conscientemente perseguidas y formentadas por las autoridades hasta el día de hoy. En este sentido, la agricultura en todas las sociedades industrialmente desarrolladas se encuentra profundamente politizada, y en numerosos países la política agrícola está considerada como una rama de la política social, ya que es una política relacionada con la economía de una industria particular. Esto al menos sugiere por qué las explicaciones de determinismo tecnológico del cambio social en la sociedad rural no son adecuadas.

Por tanto, la regulación estatal de la agricultura ha alterado profundamente la estructura de la industria y la naturaleza cotidiana de vida y trabajo en el campo. El fomento de las explotaciones, en menor número, de mayor tamaño y más intensivas en capital, ha tenido como fruto final la serie de cambios que asociamos a la vida rural de hoy: la mecanización de la agricultura, el decreciente número de trabajadores empleados en la industria agraria, el aumento de una población rural «adventicia», que ha sustituido a los antiguos habitantes del campo, cambios generales en el paisaje rural y otros aspectos ambientales de la transformación del campo. Estos cambios no han sido el resultado de ciertas leyes naturales inmutables, sino de decisiones políticas tomadas individualmente por gobiernos nacionales y, cada vez más, por organizaciones transnacionales, como la Comunidad Económica Europea. Los gobiernos individualmente, por ejemplo, han promovido el cambio tecnológico directamente a través de subvenciones y concesiones para la capitalización y amalgamación agrícolas, e, indirectamente, a través de su compleja manipulación de sostenimiento y garantías al precio de los productos que han protegido a los agricultores de las consecuencias de una producción excedentaria crónica. Asimismo, la mayoría de las naciones proporcionan ayuda directa a través de diversos servicios de asesoría a la agricultura y a través del de la financiación de instituciones destinadas a la investigación. Así, en el sector público se ha establecido una amplia y compleja red de instituciones para llevar a cabo la transformación

tecnológica que decretaba la política agrícola de la post-guerra. Ha habido una adhesión prácticamente universal al «soborno tecnológico» para conseguir la eficacia de costes. Sin embargo, podemos observar que éstas políticas han gozado de un éxito casi excesivo en su objetivo principal: incrementar la producción a inferiores niveles de coste real, por lo que actualmente, al menos en Europa Occidental, el principal problema político es cómo hacer frente a la *reducción* de la producción agrícola en lugar de a un incremento continuo. Lo que se conocía en los años 50 como el «problema de ajuste agrícola» ahora vuelve al orden del día político de forma muy severa.

Los debates sobre «la cambiante estructura agrícola» tienden a seguir este camino conocido. Al volver la vista atrás hacia los últimos 30 años más o menos, sorprende la creciente concentración y la intensificación del factor capital de la producción en menos y mayores explotaciones. No deseo volver de nuevo sobre este punto, excepto para hacer una o dos breves observaciones. Ahora sabemos que, aunque existe una tendencia general hacia una creciente concentración de la producción, esto no es de ninguna manera un simple proceso unidireccional. Quiero decir con esto que, aunque en la mayor parte de los países existe una tendencia persistente hacia la concentración de una proporción cada vez mayor de la producción agrícola en un porcentaje cada vez menor de explotaciones, esto no ha ido unido a la desaparición de la granja familiar, la granja pequeña o el campesinado (dependiendo del tipo de sociedad de la que hablemos) hasta el grado en que muchos creían. Por ejemplo, hace más de un siglo que se celebraron las exequias sobre la desaparición del campesinado, y éste, aún persiste. Incluso en algunas de las sociedades agrícolas tecnológicamente más desarrolladas (por ej., los Estados Unidos), el número de pequeñas granjas ha aumentado durante la última década en lugar de disminuir, como algunos habían asegurado. Podemos ver cómo los pequeños agricultores han demostrado una adaptación extraordinaria a las cambiantes circunstancias económicas. Existen numerosas y variadas formas de adaptación, que implican cuestiones tales como el aumento de la pluriacti-

vidad y la agricultura a tiempo parcial, la capacidad de hallar huecos en el mercado por los que los grandes productores agrícolas no han entrado o no han podido entrar, la especialización en la producción que no es sensible a economías de escala, la dependencia de mercados locales y/o especializados, etc. En muchos países, por tanto, asistimos a la *lenta* aparición de una economía agrícola doble, la mayor parte de la producción tiene lugar en explotaciones a gran escala e intensivas en capital, mientras que por otro, siguen existiendo gran cantidad de pequeñas granjas, aunque sólo cuenten con una escasa proporción de la producción total. Si miramos al futuro, me parece que es posible que se haga más evidente una dualidad de este tipo. Lo que se convertirá en un importante tema político en las sociedades industriales más desarrolladas será el relacionado con las maneras en que esta doble estructura está especialmente distribuida, es decir, hasta qué punto que las pequeñas granjas estén agrupadas en zonas concretas puede llegar a convertirse en un importante tema político para los responsables del desarrollo rural y/o la privación rural. Es bastante probable, en realidad, que las políticas dirigidas hacia las grandes explotaciones intensivas en capital sean inadecuadas para el sector de las pequeñas explotaciones y no puedan ofrecer ayuda directa a aquellas zonas en las que se concentran. Es, por tanto, un requisito importante el que exista una mayor flexibilidad en las respuestas políticas, que tengan en cuenta las implicaciones sociales de la política agrícola, así como los aspectos económicos.

EL CRECIMIENTO DE LAS EMPRESAS AGROINDUSTRIALES

Estas observaciones introductorias nos llevan al contexto del tema principal de este documento. Desearía llamar la atención sobre otros aspectos, menos investigados; las formas en que la estructura de la agricultura está cambiando y reflexionar sobre algunos de los efectos que esto podría tener en la naturaleza de la sociedad rural. Porque la naturaleza cada vez más intensiva en capital de la mo-

derna agricultura ha tenido un efecto adicional que merece atención: ha hecho a los agricultores cada vez más dependientes de factores no-agrícolas (maquinaria, productos químicos, etc.) y a la vez los ha llevado a la órbita de un complejo mucho más amplio, de empresas industriales dedicadas a la comercialización, transformación, distribución y venta al por menor de alimentos. La agricultura se va incorporando lentamente a los sectores de las industrias de ingeniería, química y transformación de alimentos que podemos llamar colectivamente «agroindustriales». El incremento de empresas agroindustriales, por tanto, implica no sólo la creciente racionalización de la agricultura, sino el crecimiento de un sistema de producción alimentaria del que sólo una pequeña parte se lleva a cabo en las granjas. La «estructura de la agricultura» cambia, por lo tanto, de una cadena relativamente sencilla de aquellos que llevan a cabo las transformaciones y que unen consumo y producción, a un sistema integrado de producción alimentaria muy complejo, que empieza con la fabricación de semillas, maquinaria, abonos, pesticidas, etc. y termina en una complicada cadena de fabricación, transformación, mayoreo, distribución y venta al por menor de alimentos; en resumen, desde las semillas hasta la venta de comidas preparadas. Dentro de este contexto, los agricultores formalmente libres representan simplemente un eslabón dentro de una cadena cada vez más integrada verticalmente que vincula a los fabricantes de semillas con los minoristas de supermercados, o los concesionarios de cadenas de comidas preparadas. Las implicaciones que esto tiene en la estructura de la sociedad rural apenas se han investigado, sin embargo, no hay duda de que al promover una industria agrícola altamente capitalizada, la reciente política agrícola ha promovido los intereses de las empresas agroindustriales en la agricultura de las sociedades industriales desarrolladas (y por supuesto, también en muchos países del Tercer Mundo).

En un documento de esta extensión evidentemente resulta imposible ofrecer un informe completo y pormenorizado del crecimiento de la integración vertical de las agroindustrias en Europa y Norteamérica. (Para una in-

formación más amplia, véase el Informe del Centro de Naciones Unidas sobre Corporaciones Transnacionales, *Las Corporaciones Transnacionales en la Elaboración de Alimentos y Bebidas* (1980)). Debemos observar, sin embargo, que el que las compañías agroindustriales internacionales suelen estar a la vanguardia de la organización multinacional (la más patente es hasta cierto punto Coca-Cola) y, especialmente, en el Tercer Mundo, presenta graves problemas de soberanía nacional y poder en el mercado. Bajo tales circunstancias, resulta tentador urdir teorías conspiradoras sobre el ejercicio del poder oligárquico de las corporaciones, pero no es necesario inventar esas teorías conspiradoras para discernir la falta de responsabilidad pública encarnada en numerosos conglomerados agroindustriales. Estos se encuentran activamente implicados en cambiar las costumbres alimenticias, y ejercen un inmenso poder en el mercado, y sin embargo, son impenetrables al control de políticos y consumidores.

Sociológicamente, las sociedades agroindustriales son algo más que un interés pasajero. Junto con el estado, representan una de los agentes más importantes implicados en la reestructuración de la sociedad rural. Los procesos involucrados suelen ser crecientes e indirectos pero, sin embargo, eficaces y de largo alcance. Existe, no obstante, una creciente tendencia por parte de las multinacionales a poner en marcha su transformación por poderes, abjurando de la implicación a gran escala en la agricultura en sí, pero controlando las condiciones en las que trabajan los agricultores. Se está creando, por tanto, una persistente tendencia por parte de estos últimos a convertirse en «empleados nacionales a domicilio» de las grandes compañías agroindustriales, recibiendo de ellas los factores de producción y que una vez transformados les devuelven en forma de producto. Parece probable que la influencia agroindustrial sobre la estructura de la agricultura continúe actuando de esta forma indirecta, con las compañías agroindustriales a la búsqueda de agricultores agroindustriales muy orientados hacia el mercado con los que establecer contratos, exacerbando por ello la tendencia hacia una estructura agraria doble. Por supuesto, un amplio número

de agricultores han demostrado ser lo suficientemente flexibles ante las necesidades de las empresas agroindustriales como para que estas últimas no sientan la necesidad de integrarse verticalmente y encargarse ellas mismas de la agricultura. Esto les ha permitido evitar los altos precios y el gran riesgo político que supone la compra de terrenos, así como el coste de adquirir competencia a nivel de dirección, en agricultura. Por ejemplo, seguramente no es una coincidencia el que las empresas agroindustriales estén dispuestas a integrarse verticalmente en países de ultramar (principalmente en las zonas coloniales del Tercer Mundo) donde dichas condiciones no se aplican o no se han aplicado. En Europa Occidental y Norteamérica, por el contrario, ha sido suficiente la modalidad de contratación. De esta manera, las empresas agroindustriales han acelerado la tendencia hacia la racionalización de la agricultura y la concentración de la industria en menos explotaciones de mayor tamaño. Los pequeños agricultores, que no participan en estos acuerdos contractuales, se sienten cada vez más marginados, mientras que los grandes observan como la implacable lógica «industrial» de las compañías agroindustriales transforma gradualmente su actividad. A estos últimos se les estimula hacia la especialización, para que hagan el mayor uso posible de su tecnología y conocimientos especializados. Como resultado, la agricultura se ha organizado de acuerdo con criterios no agrícolas, suponiendo que ésta sea meramente una forma disfrazada de fabricación. Esto tiene implicaciones, no sólo para los empresarios agrarios, sino también para los trabajadores agrarios, los empleados de los dedicados a la transformación de alimentos y, en último término, para todos nosotros como consumidores.

El gran público no tiene conocimiento de dichas tendencias y, por esta razón, no le preocupan demasiado. Lo que principalmente cuenta para el consumidor es el precio de los alimentos. Las empresas agroindustriales creen en realidad que están realizando un servicio público al satisfacer la demanda del consumidor de alimentos económicos. El cambio de pautas por parte del consumidor, en lo que a demanda de alimentos se refiere, también estimula

el crecimiento de las empresas agroindustriales. La mayoría de los alimentos que adquirimos están transformados y, dadas las actuales tendencias, como la creciente proporción de mujeres que participan en empleos remunerados, es posible que aumente la demanda de alimentos cómodos de preparar, aparte del estímulo ofrecido por las campañas publicitarias de las empresas agroindustriales. Puesto que el valor añadido de los alimentos transformados es mucho mayor que el que se deriva de su cultivo, parece probable que el dominio agroindustrial de la producción alimenticia aumente en un futuro previsible. Sin embargo, donde deseo centrar mis observaciones finales, es en las implicaciones del crecimiento de las empresas agroindustriales sobre la cambiante estructura social de la sociedad.

LAS EMPRESAS AGROINDUSTRIALES Y EL FUTURO DE LA SOCIEDAD RURAL

Es evidente que la «cambiante estructura de la agricultura», en los dos sentidos en que anteriormente hemos utilizado este término, ha sido responsable de las principales transformaciones de la estructura de la sociedad rural. La industria agraria forma actualmente una parte tan pequeña de la actividad económica y social en las zonas rurales de Europa Occidental y Norteamérica, que se ha llegado a reconsiderar lo que se entiende por el término «rural». Ahora bien, es evidente que la relación entre sociedad «urbana» y «rural» ha cambiado tan sorprendentemente en el período de la posguerra, e incluso en la última década, que la naturaleza y contenido de las «comunidades agrarias» contemporáneas es de por sí, un tema que exige debate. Por ejemplo, en muchas zonas de Europa y Norteamérica actualmente hay que disociar «rural» de «agrícola». En muchos países, la sociedad rural es actualmente una sociedad agrícola sólo en términos de utilización de la tierra. En los restantes sentidos —económica, profesional, social y culturalmente— la sociedad rural ya ha sido ampliamente «urbanizada». De esto también se deriva el que la suposición de que existe una tendencia natural a que la actividad económica tienda hacia las ciudades deba asimismo cues-

tionarse: en las dos últimas décadas, muchas economías occidentales han manifestado tendencias centrífugas, aunque esta descentralización de la actividad económica ha ido acompañada de una continua centralización del control y toma de decisiones. Además, hemos asistido a un «retorno de la población» en muchas zonas, con un pronunciado flujo de población que volvía incluso a las zonas rurales más remotas. Estos y otros factores quieren decir que muchas de las definiciones convencionales de «rural» se han quedado anticuadas. Aparte de otras cosas, esto significa que no podemos predecir el futuro de las comunidades agrarias, basándonos en una sencilla extrapolación del pasado. Si nos preocupamos en observar la *historia* de las comunidades agrarias, está claro que, con algunas reservas mínimas, los cambios sociales muy profundos, que ha experimentado la sociedad agraria en las últimas décadas ha arraigado ante todo en los cambios dentro de la agricultura. Puesto que la sociedad rural ya no es totalmente, ni siquiera predominantemente, una sociedad agraria, es muy dudoso que todos los cambios futuros en la agricultura tengan el tipo de efecto sobre la estructura social del campo que han tenido en el pasado. Por muy duro que pueda resultar, la agricultura actualmente sólo tiene un significado residual en muchas zonas rurales y es hacia otras formas de actividad económica donde debemos mirar sin vamos a analizar el futuro de la sociedad rural en dichas localidades. Esto no es quitarle importancia a la agricultura en otros aspectos, sino reconocer que es probable que su contribución directa futura en cuestiones como, por ejemplo, el crecimiento del empleo rural, resulte insignificante.

En Gran Bretaña, por ejemplo, la gran mayoría de los pueblos de hoy, tanto en las regiones de montaña como en las bajas, ya no son comunidades agrícolas. Excepto en pocas zonas y muy alejadas, los pueblos y la población agrícola se han visto transformados por dos amenazas conjugadas: el éxodo rural de la mano de obra agrícola y la ubicación progresiva. Dado que la población activa rural se trasladó a las ciudades a la búsqueda de trabajo, ésta fue sustituida por una abrumadora población urbana de clase media, profesionales y directivos, que se sentía atraída

por una combinación de vivienda más barata (hasta finales de los años 60) y una concepción idealista de la vida rural, cosa que el propietario de un coche al fin podía permitirse. Puesto que con los trenes la población que trabajaba en la ciudad podía habitar en las zonas rurales a las afueras de Londres desde antes de la Primera Guerra Mundial, la transformación de pueblos rurales en centros no agrícolas ha tenido lugar de diversas formas a lo largo de las vías de transporte hacia los principales centros urbanos. A finales de los años 60, una red de autopistas y ferrocarriles eléctricos había ligado la mayoría de las zonas residenciales a las principales aglomeraciones urbanas y la ocupación de las zonas que quedaban entre estas vías de comunicación estaba prácticamente terminado. Sólo unas cuantas zonas rurales, aisladas por carreteras en mal estado o la inexistencia de ferrocarril, permanecían relativamente a salvo en este proceso, aunque incluso ellas, en virtud de su aislamiento, quedaron con frecuencia engullidas por la demanda igualmente voraz de viviendas veraniegas y casas de fin de semana. La Gran Bretaña rural, que en tiempos fue Gran Bretaña agrícola, se ha convertido actualmente en una Gran Bretaña de clase media. Unas pautas similares pueden observarse en cualquier parte de Europa Occidental y Norteamérica, aunque la naturaleza precisa de estos cambios varía considerablemente según las circunstancias sociales y económicas locales.

Si superponemos a estos cambios sociales el tipo de cambios en la organización de la agricultura a la que hemos hecho alusión, ¿qué encontramos? Las zonas rurales conocen desde hace tiempo el concepto de «crecimiento sin trabajo» a través de la experiencia de la innovación tecnológica en la agricultura, en la que los incrementos masivos de producción y productividad han sido acompañados por una caída igualmente drástica de las oportunidades de empleo. Es dudoso que tanto la agricultura como la silvicultura puedan ofrecer algo más que perspectivas marginales de incremento de empleo en pocos lugares. De hecho, el continuo cambio tecnológico en la agricultura es probable que cree una presión aún mayor, a la baja sobre el volumen de empleo, no sólo por las economías de escala adi-

cionales que pueden obtenerse de la amalgamación y aún mayor mecanización, sino por los efectos, potencialmente mucho más amplios, de nuevos descubrimientos en biotecnología. Para tratar extensamente estos temas, sería necesario otro estudio y sería poco más que un estudio de carácter especulativo, pero entre las innovaciones que se atisban tras el horizonte, están cosas como proteínas para el consumo humano obtenidas por ingeniería genética, pero destinadas preferentemente a los animales, lo que podría conducir a que una gran parte de la producción de piensos para animales, que hoy se obtiene en las explotaciones agrícolas, se traslade a plantas de transformación industrial con tecnologías similares a las de producción de gas y derivados del petróleo. Podríamos seguir con otros ejemplos, algunos más especulativos que otros, pero, en cualquier caso, hay poco que apunte a que los que en el futuro se encargarán del desarrollo de la economía rural recurrirán a la agricultura como fuente de empleo en las zonas rurales. Por el contrario, parece que una creciente proporción de la producción alimentaria tendrá lugar fuera de las explotaciones y mucho dependerá, en lo que respecta al futuro de la sociedad rural, de dónde dicha producción esté situada.

La segunda revolución agrícola, por tanto, está lejos de haber terminado. La creciente concentración y la integración vertical de la producción agrícola no va a desaparecer. Nada de esto pretende sugerir una visión apocalíptica del futuro de la agricultura, pues los cambios que tendrán lugar serán en gran parte la extrapolación de las tendencias existentes. Es probable que los agricultores conserven su independencia nominal, pero su participación en los precios de alimentos al por menor parece destinada a reducirse aun más, por lo que serán todavía más vulnerables a las políticas de comercialización de las compañías agroindustriales. Por lo tanto, el campo, en el futuro, contará con menos explotaciones, menos gente ocupada de la agricultura, un sistema de producción más industrializado y una estructura social rural —e incluso un paisaje rural— que tendrá en cuenta todos estos factores. Sin embargo, puesto que es probable que la importancia social

de la agricultura en las zonas rurales decaiga aún más, son necesarias algunas reconsideraciones fundamentales sobre los vínculos de unión entre la política agrícola y la política de desarrollo rural. No obstante, hay pocos indicios de que se estén llevando a cabo.

Bibliografía

- NEWBY, H. (1979). *Green and Pleasant Land? Social Change in Rural England* (Londres), Penguin Books, Segunda edición publicada por Wildwood House, 1985.
- CENTRO DE NACIONES UNIDAS SOBRE CORPORACIONES TRANSNACIONALES (1980) *Las Corporaciones Transnacionales en la Transformación de Alimentos y Bebidas* (Nueva York: Naciones Unidas).

R E S U M E N

La evolución social ha supuesto una serie de cambios en el mundo rural, manifestándose principalmente en la transformación de la agricultura en empresa agroindustrial. Los cambios son notables a partir de la Segunda Guerra Mundial, no sólo en los métodos de producción, sino en la propia población que tradicionalmente se dedicaba a la agricultura. Pero esta transformación no es producto de una evolución lógica, sino de medidas políticas dirigidas.

Es un hecho que la explotación familiar y el campesinado no han desaparecido, incluso en sociedades agrícolas tecnológicamente avanzadas. El pequeño agricultor se ha adaptado a la nueva necesidad y ha encontrado hueco para ello. Los responsables del desarrollo rural se encuentran frente a un reto, el de la distribución de dos estructuras, por una parte las pequeñas y por otra, las grandes explotaciones.

Este documento trata uno de los aspectos menos investigados: la forma en que la estructura está cambiando y reflexiona sobre los efectos que puede tener en la naturaleza de la sociedad rural. El crecimiento de las empresas agroindustriales, con sus intereses y poder en el mercado, supone uno de los agentes más importantes que de forma indirecta está implicado en la reestructuración de la sociedad rural. Las zonas rurales han experimentado el denominado «crecimiento sin trabajo». La industria agraria forma una mínima parte de la actividad económica y social del área rural. La segunda revolución agrícola está lejos de haber terminado y el futuro de la sociedad rural puede ser muy diferente de lo supuesto hasta ahora.

RÉSUMÉ

L'évolution sociale a entraîné une série de changements dans le monde rural, qui se manifestent principalement dans la transformation de l'agriculture en entreprise agroindustrielle. Les changements sont remarquables à partir de la Seconde

Guerre Mondiale, non seulement dans les méthodes de production, mais aussi dans la propre population qui s'adonnait traditionnellement à l'agriculture. Mais cette transformation n'est pas le résultat d'une évolution logique, sinon de mesures politiques dirigées.

C'est un fait que l'exploitation familiale et le paysannat n'ont pas disparu, même dans des sociétés agricoles technologiquement avancées. Le petit agriculteur s'est adapté à la nouvelle nécessité et a trouvé sa place pour cela. Les responsables du développement rural se trouvent face à un défi, celui de la distribution de deux structures, d'une part les petites, et de l'autre les grandes exploitations.

Ce document traite un des aspects moins étudiés: la façon selon laquelle la structure est en train de changer et fait une réflexion sur les effets qui peuvent se produire dans la nature de la société rurale. La croissance des entreprises agroindustrielles, avec leurs intérêts et leur pouvoir dans le marché, suppose un des plus importants agents impliqués, indirectement, dans la réstructuration de la société rurale. Les zones rurales ont expérimenté ce que l'on connaît par «croissance sans travail». L'industrie agricole représente une très petite partie de l'activité économique et sociale de la zone rurale. La seconde révolution agricole est loin d'être finie et le futur de la société rurale peut être très différent à ce que l'on suppose aujourd'hui.

SUMMARY

As society changes, so does the rural world. This can mainly be seen in the transformation of agriculture into agroindustrial business. The changes began to be noticed as of the Second World War, not only in the means of production, but also in the farm population itself. Yet this transformation is not the product of a logical evolution, but rather of controlled political measures.

Yet the fact is that the family farm and the rural populace have not disappeared, even in technologically-advanced agricultural societies. The small farmer has adapted to the new requirements and has carved out his niche. Those in charge of rural development are faced with a challenge, that of a dual-structure distribution, one entailing small farms, and another for the large ones.

This paper deals with one of the aspects that has been the least investigated: The form in which the structure is changing, with reflections on the effects that this could have on the nature of rural society. The growth of agroindustrial businesses, with their interests and power in the market, is a question of one of the most important agents indirectly involved in the restructuring of rural society. Rural areas have undergone the so-called 'growth without jobs'. Farm industry constitutes only a minimum part of the economic and social activity in the country-side. The second agricultural revolution is far from over, and the future of rural society may well be quite different from how it has been pictured up till now.